

La transición del s. VI al V a.C. en el Bajo Guadalquivir: la transformación de los repertorios cerámicos

Esther Rodríguez González

Universidad de Sevilla
Calle Ibores, nº3. Villanueva de la Serena, 06700 (Badajoz- España)
estrodgon@hotmail.es

RESUMEN

En el presente trabajo se pretende realizar un breve análisis de las modificaciones acaecidas en el repertorio cerámico indígena del Valle del Guadalquivir a lo largo del tránsito entre el s.VI al V a.C., período que comúnmente se inicia con “Crisis del s. VI a.C.” o “Crisis de Tartesos”, el cual, supuso la transformación de las bases sociopolíticas y económicas de matriz orientalizante y su desarrollo hasta dar lugar a la “cultura turdetana”. A partir de este momento quedará configurado un nuevo repertorio cerámico -que conocemos habitualmente como turdetano-, así como los hábitos de consumo a ella asociados. Al mismo tiempo, este estudio actuará como modo de acercamiento hacia las formas de vida de estas poblaciones y su transformación, a través de la revisión de los contextos cerámicos registrados en el Bajo Guadalquivir en las últimas décadas.

PALABRAS CLAVE

II Edad del Hierro; Tartesos-Turdetania; Contextos cerámicos; Poblamiento

ABSTRACT

The aim of this project is to briefly analyze the alterations suffered by the indigenous ceramic repertoire in the Guadalquivir Valley from the 6th century B.C. to the 5th century B.C. This period was normally started by the “Crisis of the 6th century B.C.” or the “Tartessos Crisis”, and meant the transformation of orientaling nature, socio-political and economic basis, as well as their development to raise the “Turdetani Culture”. From this moment, a new ceramic repertoire was established – usually known as Turdetany- as well as new consuming habits linked to it. At the same time, this research will be used to bring the way of life of these populations and its transformations together, by going through the ceramic contexts registered in the Low Guadalquivir in the last decades.

KEYWORDS

The Iron Age II; Tartessos-Turdetania; Ceramic contexts; Settlement

Tras el período de convivencia con el elemento fenicio (s. VIII a.C.) el repertorio cerámico indígena del Bronce Final sur peninsular iba a experimentar una serie de transformaciones fruto de su adaptación a una nueva corriente estilística y funcional llegada desde el Mediterráneo oriental. Este fenómeno arraigó con la suficiente fuerza como para mantenerse estable, sin cambios aparentes, hasta aproximadamente mediados del s. VI a.C. (Belén y Escacena 1992).

Para poder llegar a comprender todas estas modificaciones, el objetivo de nuestro trabajo se centrará en la revisión de aquellas secuencias estratigráficas que puedan considerarse de referencia dentro de la Arqueología del Bajo Guadalquivir, a través de las cuales, podamos analizar por un lado, la transformación que los conjuntos cerámicos experimentan entre los ss. VI al V a.C.; y por otro, la configuración final del repertorio turdetano básico (ss. V – IV a.C.).

De ese modo, hemos tomado como modelo aquellos contextos mejor documentados hasta la fecha, aunque hay que tener en cuenta que toda la información es

resultado de la realización de una serie de sondeos estratigráficos, pues lamentablemente ninguno de estos yacimientos cuenta con una excavación en extensión. No obstante, el interés por el análisis y conocimiento de estas secuencias estratigráficas no solo se encuentra inserto en la información que de ellos se posee, sino que además se trata de los contextos más próximos a nuestra área de estudio, el Valle Medio del Genil. Es por ello que sus revisiones nos servirán de gran ayuda a la hora de reconstruir la secuencia cronocultural que se extiende entre los s. VIII – I a.C., haciendo hincapié en los cambios observables en los siglos centrales, bien representados en el caso concreto de *Astigi*, a falta de una revisión exhaustiva de sus estratigrafías protohistóricas, hoy en proceso de elaboración por quién suscribe estas líneas.

A ese efecto han sido seleccionados los yacimientos de Cerro Macareno, el cual posee una de las secuencias mejor documentadas para el conocimiento del I Milenio a.C. (Pellicer *et al.* 1983); Vico (Bandera y Ferrer 2002); Estepa (Juárez 1993; Juárez *et al.* 1997), cuyo estudio se encuentra a la espera de nuevas investigaciones;

Carmona (Belén *et al.* 1997; Carriazo y Raddatz 1960; Pellicer y Amores 1985) y Alhonor (López Palomo 1981; 1999). Aunque su proceso de formación y desarrollo resulta lógicamente divergente a causa de su heterogénea ubicación, pues se encuentran localizados en unidades geomorfológicas y ecológicas distintas, sí vienen a coincidir entre ellos en alguno de sus rasgos (FIGURA 1).

Con esto nos referimos a que todos pueden ser considerados asentamientos de primer orden u *oppida*, según la clasificación elaborada por García Fernández (2003). Hábitats de gran tamaño, cuya extensión supera las 2'5 has, localizados en la cima de pequeñas elevaciones que les otorgan un perfecto control visual de las vías de comunicación, terrestres o fluviales, así como de los fértiles campos que los circundan. Rodeados generalmente de muralla, a ellos se asocia un registro material muy diversificado, donde por encima del resto de producciones destacan tanto la cerámica a torno pintada, como la abundancia de productos de importación. Nos encontramos, por lo tanto, frente a lugares con un alto potencial estratégico.

El primero de ellos, Cerro Macareno, se localiza sobre las terrazas bajas del Guadalquivir, a unos 9 km. de la ciudad de Sevilla, y está formado por un extenso *tell* de aproximadamente 50 000m². Aunque en él se han realizado varios sondeos estratigráficos, es la secuencia extraída del corte V/20 la más completa de todas, y la que mayor documentación referente a nuestro trabajo aporta. Ésta presenta una potencia de 7,50m. dentro de los cuales se establecen 26 niveles que cubren una cronología que arranca del Bronce Final hasta época romana. A diferencia de otras estratigrafías el proceso de ocupación de Cerro Macareno no se ve interrumpido, probablemente a consecuencia de su privilegiada localización como puerto fluvial, lo que le permite mantener aún en esta etapa las relaciones comerciales con otros puntos de las costas andaluzas. Reflejo de estos contactos es la aparición de cerámica griega de importación, que ayuda a fechar el nivel 16 entre el 480 y el 450 a.C.: un kylix de cerámica ática de barniz negro que solo cuenta, dentro de las secuencias seleccionadas, con un paralelo en el estrato X de Vico; así como el hallazgo de cerámica de procedencia púnica – del Estrecho –, sobre todo recipientes de transporte.

En el caso de Vico, éste se encuentra localizado a orillas del río Corbones, en el interior de la campiña sevillana. Se trata de un *tell* de formación antrópica situado sobre la ladera noroeste del Cerro de Montemolín, yacimiento al que se encuentra asociado como poblado. La única intervención en él realizada tuvo lugar en 1985, y en ella se documentaron 29 niveles artificiales. Éstos vinieron a confirmar la ocupación ininterrumpida del cerro desde época orientalizante y turdetana, hasta los primeros siglos de la dominación romana, mostrando que aunque su acrópolis, ubicada en el recinto de Montemolín, quede abandonada en el s. VI a.C. Vico sigue funcionando como poblado para esta fecha.

Por su parte, el yacimiento de Alhonor se encuentra ubicado en el extremo sur-oriental de la provincia de Sevilla, a caballo entre los términos municipales de

Herrera y Écija. Su situación espacial, unida a su elevada posición topográfica (250 m.s.n.m.) le hacen convertirse en un punto de convergencia entre los hábitats de la campiña sevillana y cordobesa, donde el río Genil discurre en su curso medio. Sobre él se realizaron cuatro cortes estratigráficos que evidenciaron la existencia de un poblado de gran entidad, dotado de muralla, y con una extensión aproximada de unas 15 hectáreas. En su secuencia quedaron evidencias de 5 niveles que arrancan del Bronce Final – “horizonte indígena Precolonial” –, pasando por la fase orientalizante o “nivel de referencia”, en cuyos estratos más superficiales – época turdetana – se marca una reducción de la extensión de la ocupación (s. V – IV a.C.). El final de este asentamiento coincide con los primeros indicios de la dominación romana.

Estepa, la romana *Ostippo*, ocupa un lugar estratégico en el tránsito entre el extremo sur de la Campiña de Sevilla y las primeras estribaciones de las cordilleras Subbéticas. Sobre un cerro a 604 m.s.n.m, no cuenta con un curso fluvial junto a su trazado urbano, no haciéndole esta carencia perder importancia como entidad, pues se abastece de arroyos y manantiales cercanos.

Las intervenciones realizadas en el cerro de San Cristóbal, como así se denomina su elevación principal, vuelven a evidenciar la existencia de una ocupación que arranca del Bronce Final, contando con cinco niveles bien individualizados. Al igual que en el resto de paralelos, la fase inicial viene definida por una arquitectura circular a la que se asocia un repertorio cerámico fabricado a mano, que serán sustituidos paulatinamente por construcciones rectilíneas de materiales más duraderos y una vajilla elaborada a torno. En su secuencia también quedan evidencias de una reducción en la densidad de población (Corte A), que no de un abandono total. El final de la ocupación se marca en el s. V a.C., fecha definida por sus excavadores como “ibérico pleno”.

Por último, y para cerrar la secuencia protohistórica de la Baja Andalucía, la actual ciudad de Carmona cuenta sin duda con importantes ejemplos para la reconstrucción histórica de la secuencia crono-cultural del I Milenio a.C. Localizada en un heterogéneo paisaje a caballo entre la Campiña y el Valle del Guadalquivir, en la zona más elevada de los Alcores, la superposición urbanística a la que se ha visto expuesta dificulta la documentación de sus fases más antiguas.

De la abundancia de intervenciones realizadas en su casco urbano las que mejor registro presentan para el I Milenio son aquellas concentradas en el actual barrio de San Blas (Navarro 2009), el punto más elevado de la ocupación y el lugar donde se sitúa el asentamiento de una comunidad fenicia en torno al s. VIII o VII a.C. En él se localizaron las excavaciones de Carriazo y Raddatz de 1960, en el Raso de Santa Ana, convertido en el primer punto de referencia para el estudio de la Andalucía Occidental, así como el sondeo A de Pellicer y Amores de 1985 (CA-80 A), donde quedaron claras evidencias de la existencia de un urbanismo turdetano.

Son las intervenciones más recientes, entre las que se encuentran la de las calles Costanilla/Torre del Oro s/n (Cardenete *et al.* 1991) y la del solar del Palacio del Marqués del Saltillo (Belén *et al.* 1997), las que mejor

documentación presentan, al mismo tiempo que se convierten en testimonio de la existencia de un nivel de incendio fechado en el 500 a.C. El caso concreto del solar del Palacio del Marqués del Saltillo será tomado además como referencia por presentar un panorama fosilizado de los repertorios que caracterizan a la etapa orientalizante. Las tres estancias documentadas, fechadas entre el 650-550 a.C., muestran por la localización y el carácter de sus materiales asociados un claro uso ritual. A este conjunto cerámico pertenecían tres magníficos *pithoi* decorados con motivos geométricos y escenas policromas -figurativas- de grifos y flores de loto. Junto a ellos, dos copas de cerámica gris, vasos pintados, un plato de barniz rojo y ánforas fenicias, entre otros elementos de importación. Sobre estos niveles quedan perfectamente documentados aquellos que corresponden al tránsito al s. V a.C.

Tras el estudio individualizado de estas secuencias estratigráficas hemos podido observar que sus cuadros crono-tipológicos son comparables y en muchos casos asimilables para la etapa que comprende el proceso colonial, así como los siglos en los que se centra nuestra intervención (ss. VI – V a.C.). De ese modo, si superponemos una imagen de las secuencias individualizadas de cada uno de ellos, los niveles 18 a 16 de Cerro Macareno encuentran su paralelo en el estrato X de Vico, la fase IV e inicios de la fase V de Estepa, el estrato 3 de las intervenciones de Carriazo y Raddatz en Carmona y los momentos centrales y finales de la fase III de Alhonor.

Queda además constancia en la mayor parte de ellos de un horizonte de abandono, representado en alguno de los casos por niveles de incendio; o en otras ocasiones por la reducción en el área de ocupación, que queda establecida ahora en zonas más protegidas donde poder afinar los sistemas de defensa. Estas variaciones, fechadas a finales del s. VI inicios del s. V a.C., han sido atribuidas por la mayor parte de investigadores a la conocida “Crisis de Tartesos”, manifiesta en muchos centros del Bajo Guadalquivir no recogidos en este trabajo (Escacena 1993).

EL REGISTRO MATERIAL

Las producciones atribuidas a la I Edad del Hierro presentan una serie de novedades tecnológicas, morfo-funcionales y simbólicas extrapeninsulares, fruto de una hibridación de la que son resultado (Ferrer y García 2008). La suma del sustrato local del Bronce Final peninsular y las nuevas poblaciones llegadas del Mediterráneo Oriental darán como resultado la aparición de un fenómeno que comúnmente se conoce como Orientalizante. Estos cambios vendrán avalados en primer lugar por la aparición de novedades tecnológicas entre las que citaremos la aparición del torno y la adopción del horno de tiro, que supondrán el nacimiento de un artesanado especializado.

El uso del torno relegará a un segundo plano a parte de la producción de cerámicas realizadas a mano, herederas de la tradición local del Bronce Final. Nos

referimos a las cerámicas a mano cuidadas y decoradas, sustituidas de forma paulatina por manufacturas a torno, primero importadas y luego fabricadas *in situ*. Por su parte, las cerámicas a mano toscas (de cocina y almacenamiento, principalmente) mantendrán un alto porcentaje de producción, no viéndose afectadas por la explosión aculturadora fenicia.

Dentro del grupo de cerámicas a torno, citaremos por su relevancia la aparición de grandes recipientes con decoración pintada figurativa, presentes en los niveles fechados entre los s. VII-VI a.C. tanto en los yacimientos anteriormente citados, como en la propia Écija. Estas producciones están acompañadas de recipientes de importación, ánforas y vajilla de lujo, sobre los que se sustentan las relaciones de intercambio. Entre estas últimas podemos destacar las cerámicas de engobe rojo fenicio, que inundan en estos momentos las costas de Andalucía Occidental: vasos de boca acampanada, platos de pocillo y jarras de boca de seta ayudan a fechar niveles como el 23 de Cerro Macareno o los estratos VII – V de Alhonor. Del Mediterráneo proceden también los recipientes de transporte, ánforas griegas y fenicias (T-10.1.2.1), o los prototipos orientales, como las urnas tipo Cruz del Negro y los vasos a *chardon*, imitados de manera abundante en los talleres locales.

La próspera situación económica, política, social y sobre todo comercial vivida en torno a estos intercambios verán en los inicios del s. VI a.C. su fin. Con independencia de cuales fueran las causas concretas de la conocida “crisis”, vienen a nuestro caso a resultar de mayor relevancia sus repercusiones.

Las estratigrafías recogidas para todo el Bajo Guadalquivir, a excepción de algunos enclaves costeros capacitados para mantener un comercio fluvial, documentan en su secuencia un descenso de las producciones que habían caracterizado al orientalizante, como ya apuntamos tras el análisis de las estratigrafías anteriores. A partir de este momento desaparecen las cerámicas de barniz rojo, aunque sus formas seguirán imitándose en talleres peninsulares con acabados en pintura monocroma, principalmente en su característico tono rojo vinoso. Junto a ellas se observa un abandono paulatino de las cerámicas grises, unido al descenso brusco de las cerámicas a mano y la desaparición de la cerámica a torno con decoración figurativa, cuyos recipientes se repiten idénticos morfológicamente en estos momentos, manteniendo probablemente sus características funcionales, pero al variar de grupo étnico, varía su simbología. Al mismo tiempo se produce un cese de las importaciones griegas, recipientes de barniz negro y figuras rojas, elementos que componen el servicio de mesa para bebidas alcohólicas y que permanecen ausentes en el horizonte poscolonial (Jiménez y García 2006).

Este cese de las importaciones no afecta de manera exclusiva al comercio de “bienes de prestigio”, sino que se dejará sentir en el descenso del elemento comercial por excelencia, mermando la aparición de cerámicas de transporte, como las ánforas griegas y la evolución de las fenicias hasta formas características de las distintas áreas productoras del Mediterráneo central y occidental. Este

descenso se acompaña de la aparición del ánfora propiamente turdetana, las Pellicer B-C a la que se atribuye un uso polifuncional aún no definido para cada una de sus formas, a la falta de estudios acerca de su contenido.

La desaparición de todas estas formas, relacionadas simbólicamente con un grupo étnico, quedará suplida por la configuración de un nuevo repertorio que a diferencia del anterior adolece de una adscripción crono-cultural propia, como a continuación observaremos.

La disposición del nuevo repertorio es el resultado de dos procesos acaecidos dentro de la configuración de los nuevos hábitos de consumo (Ferrer y García 2008): por un lado, una hibridación selectiva que sufre la cerámica común, resultado de la combinación de modelos orientales y producciones locales que a partir del s. V a.C. acentúan sus diferencias con la cerámica púnico-gaditana, pues proceden ambas de una misma raíz semita. Por otro lado, se asiste a un proceso de stasis bajo el que se fija un elenco reducido de formas que se mantendrán sin apenas cambios a lo largo de todo el I Milenio a.C., traducido en un arraigo estilístico y sobre todo funcional que ha requerido de escasas modificaciones morfológicas a lo largo de casi cinco siglos. La multifuncionalidad y perduración hasta bien entrada la etapa de dominio romano, dificultan la delimitación del nuevo servicio turdetano.

Al igual que hicimos al eludir el concepto de crisis, nos mantendremos al margen en lo que al debate étnico se refiere. Identificar las fronteras étnicas que definen la Turdetania es un complejo trabajo que no podemos detenernos a abordar en estos momentos, pero al que remitimos bibliográficamente (García 2007). No obstante si apuntamos que las producciones adscritas al sustrato turdetano adolecen de dos parámetros: la falta de datos acerca de contextos de consumo cerrados fruto de la escasez de excavaciones sistemáticas que los proporcionen, de manera que podamos equiparar conocimientos entre la Andalucía Occidental y Oriental durante la protohistoria; al mismo tiempo que como ya apunto el profesor Escacena (1992), el principal problema delimitador se encierra en que “la dispersión de sus formas y decoraciones trascienden las propias fronteras de los grupos protohistóricos meridionales”. Solo la localización de sus centros de producción, tarea ardua y complicada, ayudaría a despejar esta enmarañada incógnita.

Los estudios acerca de las cerámicas de la II Edad del Hierro se iniciaron en los años 80 del pasado siglo (Escacena 1987; Pereira 1988). No nos detendremos en realizar un análisis pormenorizado de todos los elementos morfo-tecnológico que configuran el repertorio cerámico, aunque si nos pararemos brevemente a hacer mención de su composición básica, dentro de la cual se diferencian tres grupos funcionales: la cerámica de cocina, fabricadas a mano hasta los s. VI – IV a.C., donde se distinguen ollas y morteros homogéneos en su tipología hasta época romana. La cerámica de uso doméstico o vajilla de mesa se compone de platos, que evolucionan de los prototipos fenicios, cuencos, cuencos-lucerna, vasos para beber con perfil en “S”, lebrillos evolucionados de los *pithoi*

anteriores; y las urnas, destinadas al almacenamiento, entre las que podemos distinguir las de cuerpo globular y bironocónicas, herederas de las Cruz del Negro y los vasos a *chardon*, respectivamente, así como las conocidas “urnas de baquetón”.

Por último, los recipientes de transporte -ánforas- tomarán como modelos las formas fenicias occidentales para dar lugar en los primeros niveles a las formas Pellicer B-C, sustituidas por la variante D a partir del s. III a.C.; al mismo tiempo que junto a estas primeras aparecen las producciones púnicas del Estrecho, las Mañá-Pascual A-4, usadas para el embaudo de salazones.

El estudio de este grupo de recipientes se convierte en un fiel aliado a la hora de establecer relaciones económicas y comerciales, además de cronológicas, pues el mantenimiento, sin apenas variaciones hasta época romana de muchas de las producciones de uso doméstico y de cocina, hace difícil su aplicación como fósil guía para la datación de los niveles en los que aparecen.

Conscientes de la problemática a la que nos enfrentamos, los cambios teóricos y metodológicos operados en los últimos años obligan a la puesta en marcha de una nueva revisión tipológica y de los contextos en los que se insertan, con la intención de poder individualizar los hábitos de consumo. A partir de ellos podremos establecer un esquema general de la composición del repertorio turdetano, común a su área geográfica de influencia, concretando al mismo tiempo, regiones sobre las que se extienden determinadas morfologías y decoraciones, atribuidas probablemente a particularidades locales, salidas de los gustos del taller donde se producen. El intento de individualizar las fronteras tipológicas, nos lleva a plantearnos la siguiente pregunta: ¿Son estos cambios el resultado de una tradición local o étnica?, considerando solo como tales aquellos que reflejen una transformación en los modos de vida.

Al mismo tiempo, debemos iniciar la revisión de los contextos estratigráficos del Valle Medio y Bajo del Guadalquivir a lo largo del I Milenio a.C. hasta el cambio de Era, pudiendo de ese modo, y a través de ellos, aclarar una serie de incógnitas como la incapacidad de fechar con nitidez la “crisis” o la de establecer sus causas, cuyos factores deben ser hoy día examinados.

Es por eso que nos proponemos identificar los rasgos de la cerámica durante el proceso de producción justo antes de dar lugar al repertorio de los s. IV – III a.C., con la intención de esclarecer el elemento, no ya tecnológico, sino también simbólico y en muchos casos cultural, que gira en torno a estas producciones.

BIBLIOGRAFÍA

BANDERA, M^a.L. y E. FERRER
2002. Secuencia estratigráfica tartesia y turdetana de Vico (Marchena, Sevilla). *Spal* 11: 121-149.

- BELÉN, M^a y J.L. ESCACENA
1992. Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental. *Complutum* 2-3: 65-88.
- BELÉN, M^a, J.L. ESCACENA, R. ANGLADA, A. JIMÉNEZ, R. LINEROS y I. RODRÍGUEZ
1997. *Arqueología en Carmona (Sevilla): excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- CARDENETE, R., M.T. GÓMEZ, A. JIMÉNEZ, R. LINEROS y R. RODRÍGUEZ
1991. Excavaciones arqueológicas de urgencia en el solar de la C/Costanilla Torre del Oro s/nº. Carmona (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 563-574.
- CARRIAZO, J.M. y K. RADDATZ
1960. Primicias de un corte estratigráfico en Carmona. *Archivo Hispalense* 2ª época: 103-104.
- ESCACENA, J.L.
1993. De la muerte en Tartesos. Evidencias del registro poblacional. *Spal* 2: 183-218.
1992. Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana. *Spal* 1: 321-343.
1987. Las cerámicas a torno pintadas andaluzas de la segunda edad del hierro. Tesis doctoral microfilmada. Universidad de Sevilla.
- FERRER, E. y F.J. GARCÍA
2008. Cerámica turdetana, en D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (ed.) *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*: 201-219. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J.
2007. Etnología y etnias de la Turdetania en época prerromana. *CuPAUAM* 33: 117-143.
2003. El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir. Tesis doctoral digitalizada. Universidad de Sevilla.
- JIMÉNEZ, A.M^a. y F.J. GARCÍA
2006. *In vino humanitas (Y II): Vino y cultura en la Turdetania prerromana*. *Habis* 37: 125-144.
- JUÁREZ, J.M^a.
1993. Excavaciones de urgencia en el cerro de San Cristóbal. Corte C. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 759-765.
- JUÁREZ, J.M^a, P. CÁCERES y E. MORENO
1997. Intervención arqueológica en el recinto del Castillo de Estepa (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 586-596.
- LÓPEZ PALOMO, L.A.
1999. *El poblamiento protohistórico en el Valle Medio del Genil*. Sevilla.
1981. Alhonz (Excavaciones de 1973-1978). *Noticiario Arqueológico Hispano* 11: 33-187.
- NAVARRO, J.M.
2009. *Arquitectura y Urbanismo en Carmona Protohistórica*. Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo no publicada. Universidad de Sevilla.
- PELLICER, M. y F. AMORES
1985. Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 22: 55-189.
- PELLICER, M., J.L. ESCACENA y M. BENDALA
1983. *El Cerro Macareno. Excavaciones Arqueológicas de España* 124. Madrid: Ministerio de Cultura.
- PEREIRA SIEDO, J.
1988. *La cerámica pintada a torno en la Andalucía entre los siglos VI y III a.d.C.* Madrid: Cuenca del Guadalquivir.

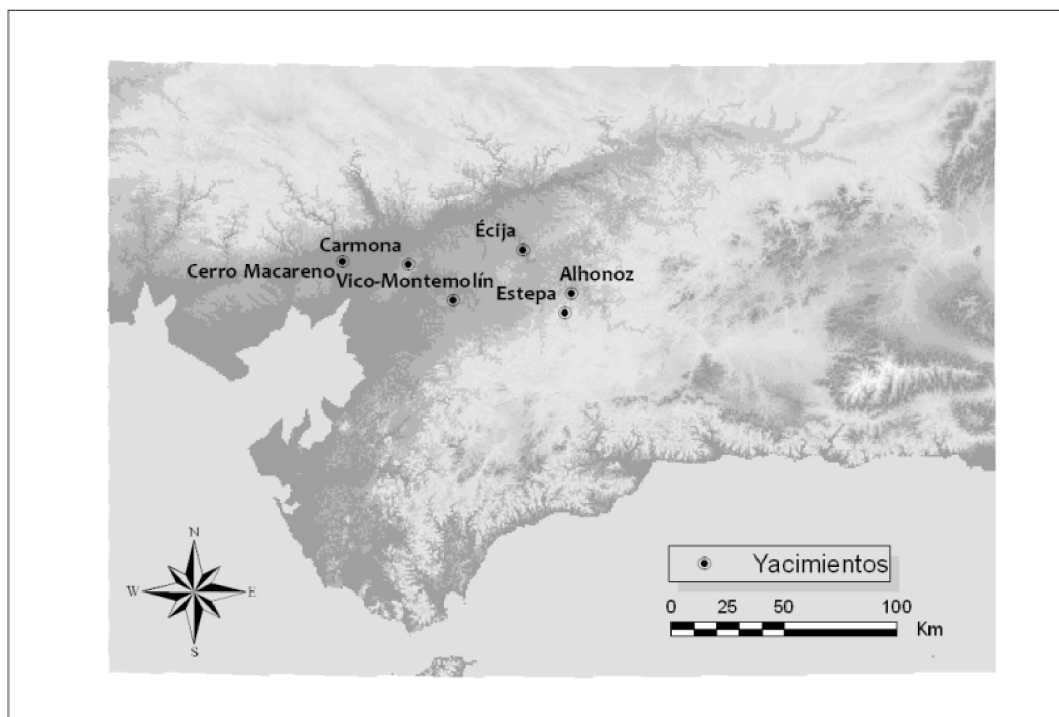


FIGURA 1. Plano de localización de los yacimientos protohistóricos seleccionados para el estudio (Cartografía: López Cuevas-Rodríguez González).